

# Argentina post-2001 ¿Y ahora qué?...

## Estrategias colectivas en tiempos de crisis



**ANA LUCÍA CERVIO** —Argentina, diciembre de 2001. Pocos días faltaban para la Navidad cuando una escalofriante crisis económica estalló mostrando su ferocidad más descarnada. El mundo entero miró hacia “el país del fin del mundo”. Aquella Argentina que hasta entonces había sido referenciada en todas las latitudes como la cuna de Borges, Maradona y Mafalda se mostraba desnuda ante la crueldad de un estallido que el devenir de los hechos históricos había vaticinado hacía tiempo.

DE UN GOLPE, LA SISTEMÁTICA POLÍTICA ECONÓMICA que se implementó en el país durante décadas trascendió el plano de los fríos cálculos y de las complicadas expresiones matemáticas que sólo entienden los economistas para impactar de lleno en la vida cotidiana de millones de argentinos. Los continuos recortes en el gasto público —presentados públicamente como “Ley Déficit Cero”— concretamente implicaron menos inversión en educación, salud, jubilaciones y salarios; la fantasía de la paridad 1 dólar = 1 peso se deshizo en el aire junto al fantasma noventista de una Argentina inserta “en el primer mundo”; el llamado “corralito financiero” lejos de ser una medida económica que beneficiara al país implicó la impune confiscación de bienes privados (ahorros) por parte de los bancos, con la complicidad del gobierno; los índices de pobreza y desocupación dejaron de ser los impersonales números oficiales para convertirse en el rostro siempre conocido de algún familiar, amigo o vecino.

Rehén de los designios del FMI, de intereses de grupos económicos-financieros y de una corrupta cúpula nacional que logró mantenerse impune en el poder, el país (se) fue solidificando (sobre) un siniestro *Mundo del No*: No hay trabajo, No hay educación, No hay salud, No hay seguridad social, No hay transparencia de la dirigencia, etc. Diciembre de 2001 fue la punta del iceberg, muestra obscena de un histórico proceso de exclusión y empobrecimiento pensado por y desde el centro del poder que explotó removiendo los límites de la tolerancia y la soportabilidad social.

### Esos días en los que la furia hizo ruido, mucho ruido!

TRAS LOS ACTOS DE VIOLENCIA QUE SE MULTIPLICABAN en diversos puntos del

ANA LUCÍA CERVIO estudió Sociología. Actualmente se encuentra desarrollando el doctorado en Ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es becaria de CONICET y miembro del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

país, el entonces presidente Fernando De la Rúa decretó el estado de sitio, suspendiendo las garantías constitucionales por el lapso de un mes. El anuncio, transmitido por cadena nacional, mostraba la imagen de un primer mandatario tibio y vulnerable ante la dramaticidad de los hechos; la pobreza de sus palabras motivó la reacción inmediata de amplios sectores. Así, la noche del 19 de diciembre despuntó con masivas protestas espontáneas en las principales ciudades del país, hechos contundentes que expectaron la efectiva renuncia del ministro de Economía, Domingo Cavallo —a quien meses atrás el Congreso otorgara “superpoderes” para el restablecimiento de la economía, aun violando la Constitución Nacional. Horas antes, los medios de comunicación “mostraron” con un atisbo de sorpresa horrorizantes imágenes de múltiples saqueos a tiendas y supermercados: como un cachetazo hipócrita, el hambre y la desocupación en ascenso de miles de argentinos dejaron de ser las frías estadísticas oficiales para convertirse, a través de un soplo mediático, en miles de personas de carne y hueso que corrían desesperadas en busca de comida.

Ciegos y sordos al estado de sitio, la madrugada del 20 de diciembre comenzó a latir con el rugir de miles de personas agolpadas en las inmediaciones de la Plaza de Mayo. Familias enteras decidieron apostarse —cacerolas en mano— frente a la Casa Rosada para exigir un cambio de política, para mostrar los límites de la tolerancia y para hacer “ruido”. La idea era hacer ruido, un ruido molesto y ensordecedor que mostrara a la dirigencia que el pueblo decía “basta” al letargo cruel en el que había estado sumido durante años. Al grito “Que se vayan todos” —la Corte Suprema de Justicia y los políticos corruptos—, y sin que mediara ningún tipo de violencia por parte de los manifestantes, comenzó la represión de la Policía Federal, provocando la desconcentración de la protesta.

Bien entrada la mañana del día 20 la gente decidió volver y otro multitudinario “cacerolazo” reinvasió la Plaza de Mayo. Sin embargo,

en esta ocasión la represión fue aún más cruel que la de la noche anterior, multiplicándose trágicamente en distintas ciudades del país: el saldo, 34 muertos y cientos de detenidos. Por la tarde, y luego de que la Cámara de Senadores derogara los “superpoderes” otorgados tiempo atrás al Poder Ejecutivo, se conoció la renuncia del presidente, a quien no le quedó más opción que escapar por la azotea de la Casa Rosada, sobrevolando desde el helicóptero oficial el caos y la tragedia. Dolorosamente la historia se repitió...

### Las voces de la calle o “hay que encontrarle la vuelta, como sea”

DEVALUACIÓN, “CORRALITO FINANCIERO”, “CACEROLAZOS”, saqueos a supermercados, represión y muerte en las calles, asambleas populares, cinco presidentes en sólo doce días, piquetes, desocupación y hambre pasaron a ser pasajes obligados de cualquier conversación ocasional: un puñado de frases sueltas que comenzaron a galopar aceleradamente por supermercados, escuelas, plazas y oficinas.

De un solo golpe, el interés por el estado del clima o por los resultados del fútbol local fueron desplazados por la consulta frenética y generalizada del “índice de riesgo país”, al tiempo que se multiplicaban las protestas, los disturbios y los descarnados pedidos de alimentos a lo largo y ancho del país. Argentina se caía. Por donde se mirara rondaba la incertidumbre, el desconcierto y la impunidad.

Millones de hombres y mujeres comenzaron a preguntarse por un futuro que, lejos de ser a largo plazo, se circunscribía al agónico “¿cómo sobreviviremos mañana?”. Múltiples y diversos “exilios” comenzaron a pintar los colores de la desesperación del argentino medio. Algunos —los que pudieron y se animaron— armaron la maleta y, pasaporte en mano, se arriesgaron a encontrar una salida “fronteras afuera”, arropados con la doble incertidumbre del país que dejaban y del que los recibiría, quién sabe bajo qué condiciones. Otros —muchos otros— se recostaron en la retaguardia del país que quedaba: el lema era seguir, seguir como se pudiera, buscarle la vuelta. Y es acerca de ellos —y de las múltiples estrategias que se dieron localmente para dibujar un colchón que amortiguara la caída estrépita— sobre los que queremos reflexionar.

Sintiéndolo aún los cimbronazos de la crisis, mucha gente —incluidas las clases medias, la más de las veces indiferentes a los procesos sociales más críticos— se arremangó frente al proceso de pensar estrategias de supervivencia, de acción y de creación. Así, la Argentina se pobló de experiencias de autogestión edificadas sobre la base de la *necesidad*, por un lado, y de la consolidación —e incluso el descubrimiento— de *potencialidades y virtudes* poco exploradas hasta entonces por el otro.

Se produjo algo así como un retorno a “prácticas primitivas”. En el imaginario colectivo flotaba la idea de “volver a empezar” y de pintar al país de un “color esperanza” —ideas que, debemos decir, llegaron a ser títulos de canciones muy populares, incluso por fuera de las fronteras del país. De repente se multiplicaron creativamente las posibilidades del *hacer* y del *hacer junto a otros en el ámbito de la política, de la producción y del consumo*, siendo muestras de ello la explosión súbita de asambleas populares, huertas comunitarias, ventas a granel de productos de primera necesidad y clubes de trueque.

### A trocar, che!

LA CRISIS DEL 2001 IMPUSO SU PROPIA ESTÉTICA y emocionalidad. El intercambio cara a cara —sin mediación del dinero de curso legal ni de las reglas

formales del mercado ni de la representatividad política tradicional del que fueron producto y producción estas experiencias de autogestión— consolidó, al menos por un tiempo, sorprendentes espacios de encuentro, producción y contención ante la crudeza de la crisis.

El retorno al trueque fue, sin lugar a dudas, uno de los episodios centrales en esta historia. Súbitamente, a partir del 2001 se multiplicaron los nodos y clubes a lo largo del país, aunque la experiencia ya databa del año 1995. Más allá de los inconvenientes que fueron teniendo en su propio desarrollo —hasta desaparecer casi en su totalidad— en el año 2002 llegaron a existir más de cinco mil nodos, cifra para nada despreciable si se tiene en cuenta que esta práctica llegó a involucrar a más de 2.5 millones de personas en todo el país. En cada uno de estos reductos —por lo general establecidos en galpones, clubes, plazas o escuelas— podía observarse el fluir constante de los más variados e insólitos bienes y servicios. Cada uno de aquellos argentinos que de algún modo habían sido expulsados del mercado laboral y de consumo tradicional —pero no de sus fuerzas productivas y creativas— exploraron en sus propias trayectorias, recuperaron saberes y comenzaron a trocarlos por dulces, ropa, asesoramiento legal, cursos de tejido, pollos o serigrafías.

Las reglas eran claras: quienes participaban del club eran llamados “prosumidores” —término utilizado para designar la doble y simultánea condición de los participantes: productores y consumidores—; se utilizaba una moneda social (créditos) y el dinero de curso legal dejaba de tener valor dentro de las fronteras del club; los intercambios se sostenían en la recíproca necesidad de consumir bienes o servicios, es decir, el que necesitaba algo que producía otro miembro del club debía poder ofrecerle algo que aquel necesitaba en ese momento, siempre cuidando que los productos o servicios que se intercambiaban tuvieran más o menos el mismo valor (no era posible trocar un kilo de dulce de leche por un par de zapatos).

El trueque, tal y como se dio en la Argentina post 2001, no distinguió edades ni géneros ni clases; se instauró como una práctica de economía solidaria alternativa a los circuitos del mercado formal que articulaba en sí misma la producción y el consumo, la necesidad y los conocimientos prácticos, la creatividad y la confianza mutua.

Para muchos optimistas se trató de un fenómeno basado en la profundización de lazos sociales primarios, es decir, un proceso solidario anclado en la necesidad de cambio en el cual la imagen era la del Ave Fénix que resurgía entre las cenizas de la esperanza perdida, aleteando sobre el deseo de “otra Argentina”. Sin embargo hoy, a seis años de la explosión de la crisis, al tango lo siguen interpretando “los mismos de siempre”, aquellos que fueron sordos al ruido de las cacerolas y piquetes de diciembre, aquellos que, finalmente, siguen apareciendo renovados en el contexto político de la “Argentina, un país en serio”.

Más allá (o más acá) de este preocupante *revival* institucional, gracias al trueque y a las demás estrategias que los argentinos “supieron conseguir” para amortiguar la caída, miles de grupos distribuidos por todos los rincones del país hablaban a las claras, y sin tapujos, de un proceso social en *potencia*. Sea cultivando lechugas en huertas comunitarias, sea generando opciones políticas en la asamblea barrial o trocando un cerdo por dos clases de computación, los días que siguieron al estallido de diciembre tuvieron, quizás nostálgicamente, la virtud de hacer que los argentinos se mirasen a la cara —algunos por primera vez—, asomaran la cabeza en medio de tanta asfixia y repensaran posibilidades de acción en clave colectiva. Y es allí donde la crisis se volvió recurso y amparo en medio de tanto desamparo. ®